



## Domingo de Ramos 2014

Queridos hermanos. Queridos niños:

**Con esta celebración del Domingo de Ramos hemos entrado en la Semana Santa, para participar con Jesús en su pasión, muerte y resurrección.**

Hemos comenzado con la procesión de los ramos para aclamar a Jesús como lo hicieron sus discípulos: ¡Bendito el que viene en nombre del Señor, a restaurar el antiguo reino de David! Es decir, a instaurar el Reino de Dios.

Jesús, el profeta de Nazaret de Galilea, quiso entrar en Jerusalén montado en un burro para anunciar que él era el rey humilde y pacífico que Dios había prometido a su pueblo, por medio del profeta Zacarías. Con su forma de actuar, Jesús manifiesta que en él se cumplen las promesas de Dios sobre el Mesías Rey, pero excluyendo la interpretación revolucionaria, que algunos judíos hacían de la realeza del Mesías: Jesús no se apoya en la violencia, no emprende una rebelión militar contra Roma. Su reino es el de la paz de Dios, que se restaura en la cruz, en la que Jesús entregó su vida por amor a nosotros hasta el extremo. El reino de Jesús no es de este mundo. Es el reino de la verdad y de la aceptación del amor de Dios como verdadera liberación del hombre.

La primera lectura nos ayuda a comprender la pasión de Jesús como obediencia fiel al plan salvador de Dios, anunciado desde antiguo por el profeta Isaías. Y el texto de la carta de San Pablo presenta de forma resumida el significado de la Pascua de Jesús. El Hijo, de condición divina, se ha despojado de sí mismo, ha tomado la condición de esclavo y se ha hecho semejante a los hombres (cf Filp 2, 6-7). Él conoce al Padre y nos cuenta las cosas del Padre; escucha su voz y la obedece con todo su ser; es fiel a la misión recibida del Padre hasta la muerte. Jesús se ha *“hecho obediente hasta la muerte y una muerte de Cruz. Por eso Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el nombre sobre todo nombre; de modo que... toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre”* (Filp 2, 9-11).

En la cruz se encuentran para siempre el amor del Padre y el amor de Jesús. La libertad de Dios y la libertad del hombre se unen en la cruz de Jesús en un pacto de amor indisoluble. Así lo había anunciado Jesús en la institución de la Eucaristía: su sangre es la “Nueva y Eterna Alianza”, derramada para el perdón de los pecados.

San Mateo narra la pasión indicando con frecuencia que los gestos y las palabras de Jesús sucedieron según lo que estaba anunciado en las Sagradas Escrituras. Así muestra cómo Jesús cumplió la misión de Mesías en obediencia filial a la voluntad del Padre hasta la muerte y con la máxima solidaridad con todos los hombres, por cuya salvación dio la vida. Pero el cumplimiento de las Escrituras no es la sumisión ciega y fatal de



Jesús a un destino inevitable fijado por Dios. No. Jesús se revela en la pasión como señor de los acontecimientos; domina todo lo que le sucede con una extraordinaria conciencia y libertad. Jesús “sabe” lo que va a suceder y lo anuncia por anticipado a sus discípulos.

En el relato de Mateo sobre la pasión están condensados todos los títulos con los que la Iglesia naciente ha expresado su fe en Jesús: es llamado “Señor” por los discípulos; es calificado como “Cristo, Rey Mesías” por el sanedrín, Pilato y los soldados romanos, los cuales proclaman la verdad, aún sin pretenderlo; es aclamado como “el Justo” por la mujer de Pilato; es reconocido como el “Hijo de Dios” por el centurión romano que está junto a la cruz. Y estos títulos están reunidos en el de “Siervo de Yahvé”, que Jesús se atribuye implícitamente en las palabras que pronuncia sobre el cáliz en la última cena: “Esta es mi sangre, la sangre de la alianza que se derrama por todos para el perdón de los pecados”. Él es el “Siervo de Yahvé” anunciado por el profeta Isaías (cf. Is 53, 11-12), es el hombre que ha cargado con los sufrimientos de los hermanos, que no se ha defendido respondiendo con violencia a la violencia que se le infligía, sino que ha entregado su vida por los demás, ofreciéndola libremente y por amor.

En los sucesos de la pasión de Jesús se entrecruzan dos caminos: el plan redentor de Dios, que sólo Jesús reconoce y sigue fielmente. Y los diversos intereses de los otros actores que, sin saberlo, y hasta con su actuación contraria a la voluntad de Dios, realizan lo que habían anunciado las profecías y cooperan así a la realización del plan divino. Caifás fue el primero que profetizó sin saberlo que convenía que muriera un solo hombre por la salvación de todo el pueblo (cf. Jn 11, 50-51). Y el discípulo traidor y los sumos sacerdotes que le sobornaron cumplieron sin saberlo la profecía de Jeremías sobre la entrega del justo por treinta monedas.

La oposición de estos caminos entrecruzados está expresada de forma manifiesta en la oración de Jesús y en las burlas de los sumos sacerdotes, escribas y ancianos. Jesús oró con confianza de Hijo: “*Padre mío, si este cáliz no puede pasar sin que yo lo beba, hágase tu voluntad*”. Los que han condenado al Hijo de Dios, le injurian diciendo: “*A otros ha salvado, y él no se puede salvar: ¿No es el rey de Israel? Que baje ahora de la cruz, y le creeremos. ¿No ha confiado en Dios? Si tanto lo quiere Dios, que lo libre ahora. ¿No decía que era Hijo de Dios?*”.

Con la entrega libre de Jesús, Dios lleva a término su obra de salvación de sus hijos dispersos. Jesús transforma su pasión en don; convierte sus sufrimientos y su muerte en entrega total de sí mismo. Ahora ningún hombre puede ser condenado y ajusticiado sin tener a su lado a Jesús crucificado, que constituye su humanidad glorificada en el nuevo templo en el que encontramos a Dios y nos unimos íntimamente con él.

Jesús cedió los espacios del hombre, del Hijo del hombre, al Padre, para que en ellos el Padre haga su voluntad. “*¡Abba!, Padre: tú lo puedes todo, aparta de mí este cáliz. Pero no sea como yo quiero, sino como quieres tú*”. (Mc 14, 36). Ante la cruz, Jesús cedió todos los espacios de su vida al Padre, y el Padre “*le concedió el Nombre sobre*



Carlos López Hernández

*todo nombre: de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el Cielo, en la Tierra, en el Abismo, y toda lengua proclame: ¡Jesucristo es Señor!, para gloria de Dios Padre”.*

A nosotros, la Semana Santa nos llama a abrir las puertas a Jesús crucificado y a dejarle libres nuestros espacios, para que sean ocupados por él. Cristo resucitado dará nueva vida a todo en nosotros.

Hemos de ceder a Cristo nuestros espacios de tiempo, de vivir, de saber, de trabajar y de descansar, para que en ellos ejerza el Hijo de Dios su misión salvadora. Ceder espacios a Cristo para que los santifique: espacios para la oración, para el encuentro personal con él, para que entre y se adueñe de ellos mediante la vida sacramental. Ceder nuestros espacios ocupados por la codicia de los bienes temporales para que sean ocupados por riquezas espirituales y valores eternos. Ceder espacios ocupados por los pecados capitales de la carne para que sean ocupados por los frutos de la libertad del Espíritu. Con la vista fija puesta en la resurrección, el hombre puede crucificar el miedo a la muerte, porque tras ella le espera la vida.

La Semana Santa es tiempo de ofrecer nuestros espacios a Dios.